

Versaciones de un chupaplumas

Le prometo



alborozado que
esa misma
noche, en
cuanto llegue a
casa y sin
detenerme
prácticamente
en nada más



que en ocuparme unos minutos
de Indalecio y echarle como
siempre la cortina, me pondré
manos a la obra de deshacerme
de todos mis temores y
prejuicios, de la estúpida
cobardía que me impide
aceptar el hecho
incuestionable de que soy un

simple amanuense condenado a vivir siempre en la
sombra (y a morir, que es lo que más podría echarme un
poco hacia atrás y no por el propio y tan cotidiano hecho
de *hala, adiós mundo cruel* y ya está sino, y eso es lo que
a lo mejor me da pereza, por el lóbrego panorama de *en la
sombra* para toda una eternidad, tan larga) y, con
entereza y resolución, tirar por la ventana sin siquiera
echarles un vistazo tantos complejos, traumas,
frustraciones y amarguras que me han impedido ser yo
mismo y que de una mala gana imperdonable he ido
arrastrando desde allá donde la memoria me alcanza, y
dedicarme, en exclusiva ni desviarme un ápice de mi
propósito, a ser el sin sal ni fuste ni sustancia que, según
colajo de aseveraciones tantas veces escuchadas a mi
madre, el destino me asignó desde el instante mismo en
que fui engendrado.

Y así es como hoy, tanto tiempo después, no diré *lo
recuerdo* sino *lo escribí* porque ahí está con sus
exactamente doscientas doce palabras ni una menos ni
una más, me asalta, enmarcada por sus dos
interrogaciones una con el puntito arriba y otra con el

Versaciones de un chupaplumas

Le prometo

puntito abajo del principio y del final, la pregunta de qué pudo pasar para que, con la decisión tomada y la ventana ya abierta, renunciara al propósito que creyese tan firme y — tras volver a meter en el cajón de la cómoda donde los guardaba desde siempre los traumas, complejos, frustraciones y amarguras — me pusiera un pijama de flores que tenía sin estrenar desde hacía años y me acostara a, sin tan siquiera echarle la cortina ni ponerle su comida a Indalecio, dormir a pierna suelta y despertarme, sobresaltado, cuando a eso del mediodía sonó el teléfono y escuché la voz de mi editor que enfadadísimo me reclamaba ¿qué coño pasa con la entrega de hoy que la estoy esperando desde las nueve de la mañana?

Me levanté, me quité el pijama de flores, me puse unos vaqueros y una camiseta y, sin duchar ni desayunar ni afeitarme — le referí a mi amigo —, me metí estas dos hojas en el bolsillo y paré un taxi.

